



Rubén Mendoza Valdés: educación y esperanza

Por Germán Iván Martínez Gómez

El 8 de enero del 2015, a raíz de una jornada académica de planeación institucional y trabajo docente, el doctor Rubén Mendoza Valdés (1968-2018), quien se desempeñó como catedrático en las facultades de Humanidades, Medicina e Ingeniería de la UAEM, acudió a la Escuela Normal de Tenancingo, al sur del Estado de México. Allí dictó a los profesores una conferencia sobre formación humana, algo que, según Mendoza Valdés, *trasciende la escuela*.

De manera afable, tal y como era su carácter, compartió con nosotros ideas desde una mirada crítica, apoyada en el pensamiento complejo y la transdisciplinariedad. Partió de una interesante tesis: la educación se ha tornado profesionalización, asunto de una disciplina especializada; sin embargo, esto ha traído como consecuencia que hoy sea vista como un área marginal y, por ende, que haya egresados *sin vocación*.

Simplificar la educación, decía, pasa por alto que el aprendizaje puede tener lugar en cualquier parte, y que es preciso *hacer de nuestra profesión una vocación*. Tenerla y ejercerla implica hacer valer el saber que emana de la actividad que efectuamos. Ser un profesional tiene que ver con realizar una tarea a favor de la fe, en aras del conocimiento que posibilita la aparición de un mundo distinto y mejor. Con afirmaciones como esta no sólo refería la importancia de la educación, sino el vínculo indisoluble con la ética.

Esta, definió, es disciplina y teoría, pero también un modo de ser propio de los humanos. A diferencia de la moral, que se desplaza al ámbito no humano, la ética no surgió como código. El *ethos* alude un modo de ser que nos hace humanos. Y agregó: “ya no hablamos de ‘hombre’, hablamos de *ser humano*”.

En aquella charla, el entonces investigador de tiempo completo en el Instituto de Estudios sobre la Universidad (IESU) explicó el nivel ontológico y óntico de la ética. El primero hace referencia a una posibilidad de ser de lo humano; el segundo, a la elección y acción de cada individuo o grupo. En su disertación nos invitó a “ver la vida con locura y mirarla sin razón”, pues sólo es una y su duración es de un instante.

Así, de cara a un tipo de pensamiento preva-
leciente, al que llamó de manera enfática “ciego”, exhortó a desarrollar nuestras potencialidades y las de nuestros estudiantes, vencer el individualismo y abatir la competitividad: “Si quieres ser mejor, que sea para ti mismo”.

En una breve introducción al pensamiento complejo, basándose en Edgar Morin, se refirió a la trinidad humana: individuo, especie y sociedad; a la pérdida progresiva del valor de lo sagrado; a la necesidad de una religación ética que permita volver a unir todo; a humanizar la política y a superar el predominio de tanta ciencia sin sabiduría.

Bajo su óptica, es preciso mirar de manera diferente para superar la visión que ha pretendido poner al hombre en el centro del universo, haciéndole incluso creer que es su dueño. Para desistir de esta perspectiva que desembocó en una moral simple, que reduce todo a bueno y malo, es necesario entender que el pensamiento complejo no sólo es una metodología, sino una actitud; un modo de ser humano que concibe el odio, el miedo, el deseo, los celos y la envidia (por mencionar algunos ejemplos), como posibilidades naturales que no se deberían suprimir, sino orientar.

Pugnó por una ética de la solidaridad y la no coerción; se pronunció a favor de la no violencia y por formar en la responsabilidad y la cultura de paz. Todo anclado en el pensamiento complejo y encaminado a captar lo que une a los elementos separados. De esta forma, aseveró que es



Ilustración digital: Valeria Flores

necesario reconocer el lazo entre la antropología (hombre), la epistemología (ciencia) y la ética (modo de ser), enfatizando en este vínculo el papel de la *paideia* (educación), que él entendía como *formación humana*, construcción de la propia existencia.

“Preparemos alumnos abiertos al saber”, expresó con profunda determinación, y lo hizo a sabiendas de que no basta con tener estudiantes instruidos, sino personas que aprendan a ser verda-

deramente humanas... El humanismo, afirmó, es más una actitud que una doctrina. Por ello, ante una educación deshumanizante, se requiere advertir que el conocimiento es inacabado e incompleto; quien únicamente acumula saber utilitario, sin importarle los demás, puede convertirse en un bárbaro.

Recuperar el sentido formativo de la educación es una tarea que Rubén Mendoza deja a quienes nos dedicamos a la enseñanza. En una época en la que se le exigen a la escuela y a los maestros resultados casi inmediatos, nos alentó a conocer los problemas globales y fundamentales donde se inscriben aquéllos que son parciales y locales. Pero fue más allá, dejó una encomienda radical para ser atendida en las aulas: “cambiamos la *efectividad* por la *afectividad*, y no busquemos la felicidad sin antes acabarnos la que tenemos. En la educación debe haber esperanza. Esta mueve, impulsa a lo esperado... Hagámonos dueños, entonces, de nuestra libertad y responsables de nuestras acciones. En nuestras manos está la posibilidad de una educación distinta”. 

NO BASTA CON TENER ESTUDIANTES INSTRUIDOS, SINO PERSONAS QUE APRENDAN A SER VERDADERAMENTE HUMANAS...



Germán Iván Martínez Gómez es doctor en Enseñanza Superior, miembro del SNI y del Consejo Mexicano de Investigación Educativa. Actualmente es subdirector académico de la Escuela Normal de Tenancingo y profesor del Posgrado en Enseñanza Superior en El Colegio de Morelos.

